

los relatos de calibre 38



EL HOMBRE SOLITARIO

© Agustín García Meana

Hombre solitario busca hombre solitario que quiera tener encuentro. Si quieres conocerme, te espero en el baño de caballeros de la primera planta de “Los Álamos”, este miércoles a las 11:00 horas. Viste jersey amarillo y pantalón negro.

“Los Álamos” es un centro comercial en el extrarradio de la ciudad. Llevaba unas semanas introduciendo este anuncio en la sección de contactos de uno de los diarios locales.

Sentado en una mesa de la cafetería, junto a la entrada del pasillo que comunicaba con los aseos públicos, esperaba que algún hombre solitario apareciese vistiendo jersey amarillo y pantalón negro. Aquella era la quinta semana que publicaba el anuncio. Seguramente, ya en la primera o segunda publicación habría llamado la atención de algún hombre solitario, pero este, para asegurarse de que existía un interés real, habría esperado volver a ver el reclamo. Cuando lo releyese dos o tres veces, se decidiría a acudir. Así fue.

Bebía un sorbo de la cerveza negra de importación, que el camarero había dejado sobre mi mesa hacía unos diez minutos, cuando por el pasillo de la primera planta del centro comercial apareció un hombre vestido con jersey amarillo y pantalón negro. Clavé mis ojos en él. Era regordete, con un buen trasero que se me antojó apetecible, en el más estricto sentido de la palabra. Lo observé mientras se acercaba hasta la entrada que comunicaba con los baños. Sí, parecía reunir el ineludible requisito de hombre solitario; esto debía ser así; es más, era recomendable que no tuviese familia ni amigos, o, de tenerlos, que no le echasen en falta; su desaparición no debía alarmar a nadie.

Esperé mientras aquel tipo daba vueltas alrededor de la entrada del pasillo que llevaba a los aseos; parecía dudar. Temí que se echase atrás en el último momento. No lo hizo. Quizás fuese más solitario aún de lo que su aspecto evidenciaba. Dejé sobre la mesa el panfleto publicitario del supermercado, tras el cual había permanecido oculto, y fui tras él. Cuando entré en los baños me lo encontré arrimado a uno de los urinarios; los nervios habían excitado su vejiga. Me situé a su lado y, fingiendo desinterés, comencé a orinar. Había que tomar contacto de una forma prudente, no fuese a ser que la casualidad quisiese jugarme una mala pasada. Miré de reojo hacia un chico que se lavaba las manos; no había nadie más allí. Cuando terminó de aclarárselas, fue hacia el secador y lo conectó. Aproveché el ruido del chorro

de aire caliente para dirigirme a aquel regordete que vestía jersey amarillo. Le dediqué una sonrisa. Él, tímido y desconcertado, apenas fue capaz de esbozar un gesto extraño; me bastó para saber que había acudido allí en respuesta a mi anuncio de la sección de contactos. Terminamos de orinar casi al unísono y, juntos, fuimos hacia los lavabos. El chico ya había salido del baño.

«¿Hombre solitario?», le dije mientras frotaba las manos bajo el chorro de agua. Me miró de soslayo y asintió tímidamente con la cabeza; estaba claro que tendría que ser yo quien llevase la iniciativa; él debía ser la primera vez que hacía aquello. Le correspondí con una sonrisa y fui hacia el secador. Presioné el botón y coloqué las manos bajo el chorro de aire caliente; él hizo otro tanto en el que estaba al lado. Volvimos a cruzar una mirada y un par de sonrisas. Aún seguíamos solos. Entonces, le pasé cariñosamente la yema de los dedos por la mejilla; se sonrojó. Solo había una forma de romper el hielo: bruscamente. Después de todo, aquel había acudido a la cita buscando un encuentro, y este, es lo que es: un *affaire* sexual de enorme satisfacción. Le hice un gesto con la cabeza para que me siguiese. Lo hizo.

No hubo palabras. Le llevé hasta uno de los departamentos. Entramos y cerré la puerta con el pestillo. Nos volvimos a mirar. Supuse que él no se atrevería a proponerme nada, aunque en el brillo de sus ojos podía ver que ansiaba ir más allá, que quería que ocurriese; ocurriría. Volví a pasarle la punta de mis dedos

suavemente por la mejilla, y le di un fugaz beso en los labios. Después, me senté sobre la letrina y le indiqué que se acercase a mí un poco más. Lo hizo. Clavé mis ojos en los de él y, sin dejar de mirarle, le desabroché el cinturón y le bajé los pantalones. Llevaba unos horribles y horteras calzoncillos floreados; no estaba casado, pues no hay mujer que deje a su marido llevar prenda tan horrible; y ni tan siquiera vivía con su madre, pues me constaba que aquellos no los había comprado ninguna madre; estas dos eran buenas señales. Le acaricié suavemente los testículos. La expresión de su rostro me delató que aquello le gustaba. Dejé al descubierto sus genitales. Le sonreí. Intentó corresponderme con otra sonrisa, pero los nervios tan solo le dejaron gesticular un esbozo que podía entenderse como se quisiese. Seguí acariciándole la entrepierna hasta que su miembro adquirió una considerable dureza; entonces, lo introduje suavemente dentro de mi boca.

Apenas diez minutos más tarde, estábamos sentados en una de las mesas de la cafetería en la que le había esperado. El solitario regordete había durado muy poco; los nervios de la primera vez. Aun así, había disfrutado; o eso pensaba cuando, frente a otra cerveza negra yo, y una Fanta él, le pregunté cómo se llamaba. «Raúl», me respondió sin atreverse a preguntar por mi nombre. Se lo dije; estaba claro que con aquel tendría que ser yo quien llevase la iniciativa. Era apocado –a su timidez ya me he referido–, y un

tanto anodino, incapaz de relacionarse y extremadamente maleable; en fin, un espectro sin carisma alguno bajo cuyo débil aspecto debía ocultarse un conglomerado de todas las vilezas propias de la más rastrera depravación humana. ¿Por qué si no iba a haber acudido a aquel reclamo de la página de contactos, siendo como era de natural desconfiado? Sí, tras intercambiar con él un par de insulsas frases, me percaté de su desconfianza; esto no hacía sino que complicar un poco más mi cometido. Supuse que acabaría marchándose sin más, sin acordar ninguna otra cita, con la suspicacia tras la oreja, a esconderse en su agujero, ese mismo del que había salido aquel día, seducido por el morbo de acudir a una cita a ciegas en la que podía ocurrir cualquier cosa; ocurrió lo que seguramente deseaba que ocurriese. Sin embargo, esto último no bastó y acerté en mi predicción: se fue sin más que dedicarme un «adiós» y un «gracias por la invitación», pues su Fanta había corrido de mi cuenta, al igual que su orgasmo.

Hombre solitario quiere volver a ver a su hombre solitario. A la misma hora, en el mismo lugar, este mismo miércoles. Dejaremos que la pasión nos vuelva a unir. Si lo quieres, ven a buscarlo y yo te lo daré.

Tres veces tuve que publicar este anuncio, en la misma página del mismo diario local, a la espera de que él respondiese. Era perfecto. Nunca hubiese imaginado encontrar un espécimen como aquel, por eso insistí en tratar de volver a verle, y la única vía que

tenía de hacerlo, era a través del mismo medio por el que lo había conocido. Y apareció. Ya digo, a la tercera. Le observé mientras se acercaba hasta la entrada del pasillo que comunicaba con los baños. Él no me vio –a pesar de estar sentado en la misma mesa en la que habíamos compartido cerveza y refresco–, o al menos eso creí yo. En realidad, tuve la sospecha de que sí me había visto, pero que había preferido simular que no lo había hecho para, como la vez anterior, dejarse seguir hasta los baños. Acepté su juego. Le encontré frente al mismo orinal. Repetí el mismo ritual de hacía tres semanas. Sin mediar palabra, y a través de gestos cómplices, acabamos encerrados en otro de los departamentos. Minutos más tarde, volvíamos a encontrarnos sentados en una de las mesas de la misma cafetería.

«Quiero volver a verte. Me gustas», le dije tratando de que la mentira no fuese demasiado latente. Debí de hacerlo bien, porque él asintió con la cabeza para luego balbucear: «Tú sí que me gustas a mí. Yo también quiero volver a verte». «Pero esta vez será en mi casa. Más relajados y con tiempo para nosotros», le respondí. Sonrió; intuí que el plan le agradaba.

Antes de invitarle a mi casa me había asegurado de que era *el hombre solitario* que buscaba. No tenía padres –hacía un par de años que vivía solo–, ni hermanos, siendo su familia más cercana unos primos con los que apenas tenía trato –alguna llamada telefónica muy de cuando en cuando y la rutinaria felicitación

navideña—, ni tan siquiera amigos —me confesó que yo era el único, por llamar de alguna forma a nuestra relación—, así que nadie le echaría en falta. Era perfecto, justo lo que andaba buscando: un miserable pobre diablo, carcomido por su frágil personalidad y los pecados de su forma de ser, que parecía haberse encaprichado conmigo.

La tarde del día siguiente le llevé hasta mi chalet, una vivienda de doscientos metros cuadrados en la que vivía mi soledad desde hacía un par de años, desde el día que había decidido que mi matrimonio iba a la deriva, optando por convertirme en un hombre solitario. Por sus gestos, intuí que debía congratularle el hecho de haber ligado con un hombre adinerado. Quizás no lo sea tanto, tan solo lo que me permite mi empleo de cirujano jefe. Detuve mi Mercedes al lado del Golf que había sido de mi esposa. Aún seguía allí; me daba pereza deshacerme de él a pesar de que nunca lo había conducido; quién sabe, quizás lo mantuviese como recuerdo de lo que había sido mi vida durante los tres años que había durado mi matrimonio.

Ya en el salón de casa, abrí una botella de un Ribera del Duero y le serví una copa. No pareció apreciar el fino gusto de aquel Reserva; supongo que su cara hubiese sido la misma de haberle servido un *tetrabrik*. No me importó; yo sabría dar buena cuenta de lo que quedase en la botella acompañándolo de un buen filete. Pero esto sería un poco más tarde. En aquel momento, lo que

tocaba era llevármelo a la cama.

Un par de frases, y copa y media de vino más tarde, me encontraba de rodillas sobre la alfombra beige del salón, una de esas caras alfombras tejidas a mano. Él, sentado sobre el sofá de piel, a juego con todo el mobiliario que nos rodeaba –mi ex mujer tenía buen gusto como decoradora de interiores–, aguardaba, impaciente, a que yo acabase de desabrocharle el pantalón. De lo que sucedió poco hay que explicar: accedió a todos mis caprichos sexuales. ¿A qué si no había ido a mi casa? Poco después, nos desnudábamos al pie de la cama, en la que había sido habitación matrimonial. Allí, en el techo y sobre el cabecero, tenía unos enormes espejos en los que me gustaba verme reflejado mientras me dejaba sucumbir a los placeres de la carne; en verdad, esto había sido idea de mi ex mujer; lo que nunca imaginé fue para qué fin los quería ella.

Resultó muy placentero. Hora y pico más tarde, tumbados boca arriba sobre el colchón, él hizo algún comentario sobre el espejo del techo; no lo recuerdo bien; el caso es que tampoco le presté mucha atención. Me levanté de la cama y fui hacia la cocina, dejándolo allí acostado, los ojos clavados en el reflejo de su cuerpo desnudo. Minutos más tarde, regresé con dos vasos repletos de un zumo reparador de mi propia invención. Al principio se mostró reticente a beberlo, pero después, convencido por mis palabras y por el hecho de que yo tomase un largo trago

del mío, acabó bebiéndoselo por completo. Al cabo de tres minutos su cabeza se desplomaba sobre la almohada, profundamente dormido; era el efecto del preparado de somníferos que le había echado en su “zumو reparador”.

Pesaba el desgraciado. Tuve que esforzarme para sacarle de la cama y arrastrarle hasta otra de las habitaciones, al final del pasillo; esta debía haber sido para nuestro hijo, si ella no hubiese tenido la desvergüenza de abortar después de obligarme a hacerle el amor repetidas veces; odiaba hacer el amor con ella; en verdad, repudiaba cualquier contacto de tipo sexual con cualquier mujer; lástima haberlo descubierto en el matrimonio. Abrí la puerta de la habitación y, tras un último esfuerzo, arrojé a aquel gordinflón sobre la cama que había en mitad del cuarto. Aquel, por decirlo de alguna forma, era mi rincón del gourmet. Aún tardaría una hora en empezar a despertarse, así que tenía tiempo de sobra para darme una ducha y vestirme adecuadamente.

Me gustaba empezar por el muslo y subir hasta las nalgas. Nunca les mataba. No, hasta que no quedase más remedio. Me gustaba que la carne fuese fresca, y esto era más fácil lograrlo si los mantenía con vida. Me valía de mis conocimientos profesionales para ir poco a poco diseccionándolos a fin de sacarles todo su provecho. Aquel tenía mucho; ya dije que su trasero se me había ambicionado apetitoso. Los amarraba fuertemente a los barrotes de la cama y les administraba anestesia general mientras

seccionaba la parte que ese día quería degustar. Después, cuando se despertaban, les suministraba morfina, en suficiente cantidad para que no sintiesen dolor, y les dejaba ver cómo iba comiendo cada una de las partes de sus cuerpos. Convenientemente amordazados, sus gritos de espanto no eran más que ahogados y baldíos balbuceos incoherentes con los que trataban de expresar su horror. Esto solía ser las dos o tres primeras veces. Después, estoicamente, acababan por aceptar su destino y se limitaban a observar cómo iba troceando y comiendo su carne. Al principio, la expresión de sus ojos era el reflejo de sus sentimientos encontrados –horror, pena, impotencia, resignación y, por qué no, satisfacción por saberse parte de otro–, para acabar derivando hacia una expresión vacía, yerma de cualquier emoción, pero clara y transparente como el agua; tanto, que tras ella se podía apreciar quién en verdad era aquella persona.

Raúl resultó ser un condescendiente ágape. Cuando se despertó y tomó conciencia de lo que estaba ocurriendo, no se ocupó de tratar de gritar; ni tan siquiera emitió un sollozo, y aún menos dejó que sus ojos derramasen una lágrima. No, nada de esto. Volvió su cabeza hacia la mesa en la que yo me había acomodado –botella de aquel Reserva Ribera del Duero a un lado, y plato de filete de nalga en medio–, y clavó sus dos ojos marrones en mí. Le sonreí. Creo que, incluso, intentó devolverme la sonrisa. Quizás en su fuero interno deseaba ser comido por alguien algún

día, saber qué se siente viendo cómo otro va comiendo partes de tu cuerpo. Quién sabe. Un día leí que un tipo había contactado con otro a través de internet para comérselo; en fin, los dos se habían puesto de acuerdo; supongo que cada uno tiene sus métodos. Yo, personalmente, prefería la sorpresa; me gustaba ver esa expresión en sus ojos.

Los días que siguieron me ocupé de mantenerle con vida. Al final, como siempre, con los miembros ya amputados, no me quedaba otra que matarle para poder dar cuenta del resto de su cuerpo; las costillas, bien preparadas, solían estar deliciosas. He de reconocer que sentí lástima; había sido, como dije, un agradecido ágape. Le inyecté un veneno y, a los pocos minutos, cerró los ojos tras dedicarme una insulsa sonrisa que se me antojó hermosa.

Fui al garaje. Allí, en un cuarto cerrado, tenía un par de arcones congeladores; necesitaba hacer sitio para guardar las costillas de Raúl. Aparté la cabeza de mi mujer y la de aquel cubano que se la tiraba. Sí, aún los tenía allí; supongo que a modo de recuerdo. Creo que esboqué una sonrisa, pues al verles, me vino a la mente aquel día en que llegué a casa y los encontré en la cama, follando. Me dieron asco. Mucho asco. Tanto, que acabé matándolos. Fueron los dos únicos a los que maté antes de empezar a comerlos. Lo gracioso del asunto es que fueron los primeros, y me supieron a gloria; quizás, después de todo, mi matrimonio no había resultado tan estéril. Bueno, en fin, hecho hueco, guardaría

allí las costillas de Raúl; la cabeza la enterraría en el jardín. Un mes o dos más tarde volvería a insertar el mismo anuncio, en el mismo diario local. Pensaba que, quizás, no tardando mucho encontraría otro hombre solitario que deseara tener un encuentro.

Agustín García Meana. Gijón, 1976. Cursó estudios de Diplomado en Ciencias Empresariales y, posteriormente, de Licenciado en Economía y Administración y Dirección de Empresas. Aficionado a la escritura desde niño, no es hasta hace un año y medio cuando decide presentar sus relatos a concursos y certámenes. Escribe aquello que le gustaría leer. En la actualidad se encuentra centrado en el género negro, los relatos y la participación en revistas literarias. Ha publicado las novelas Quinquis (Editorial Digital Cassandra21, 2013) y Ciudad Capital (Amarante, 2014), así como varios relatos incluidos en diversas antologías. En 2014 tiene previsto publicar otras dos novelas, Nueve milímetros (Asesino a sueldo) y Carretera nacional.